



Ser feliz no cuesta tanto

Julián llegó a su casa esa mañana poco después de haber salido para el trabajo con una energía inusitada. Llamó a su mujer y con mucha alegría le dijo: ¡Rosa, nos ha tocado la lotería!

Julián era un hombre honesto, humilde y bueno.

A lo largo de sus sesenta años no había salido mucho de su pueblo, su vida había consistido en trabajar y cuidar de su familia. Su pueblo estaba un poco alejado de la capital. Tenía una fértil vega con bastante vegetación, pues cerca pasaba un pequeño río que abastecía de agua las acequias que llegaban hasta las tierras que Julián tenía arrendadas, las cuales cultivaba y les permitían tener una vida unas veces mejor y otras peor según viniera el tiempo, los agricultores de él dependían y siguen dependiendo. De todas formas, su trabajo en la tierra siempre le había dado la posibilidad de sacar adelante a su esposa y a sus tres hijos, un chico y dos chicas.

En esa productiva tierra Julián sembraba maíz, trigo, patatas, habas...además de toda clase de hortalizas: tomates, pimientos, calabacines, cebollas, berenjenas y judías... A todo esto se unían unas hermosas sandías y unos dulcísimos melones. También tenía bastantes árboles frutales que daban unas exquisitas manzanas, peras, naranjas, y ciruelas que hacían las delicias de todo el que las probaba.

Cada día recogían todas las frutas y hortalizas las colocaban en su furgoneta y su mujer y él las vendían a los vecinos de su pueblo y demás pueblos del entorno. Tenían mucha aceptación pues eran ecológicas, no tenían pesticidas ni ningún otro producto

químico. Una mañana de las que iba al campo, al pasar por la puerta del estanco del pueblo le dio la idea de parar y comprar un boleto de lotería, cosa que casi nunca hacía, lo guardó en su billetera y se subió en la furgoneta para llegar pronto al trabajo. Sin embargo, la suerte que es muy caprichosa le tenía reservada una gran sorpresa. Cuando a la semana siguiente pasó de nuevo por el estanco se acordó del boleto que había comprado y se lo dio a Paqui, la chica que atendía, para que lo mirase.

Paqui le dijo muy alegre. –Julián, tu boleto está premiado. Él, tomándose a broma, le dijo - ¿con veinte euros? – No hombre, con mucho más, te han tocado seiscientos mil euros. – Niña no me gastes esas bromas por la mañana que me puede dar un infarto.

-Julián, no es ninguna broma, es cierto, así que lo primero que tienes que hacer es poner el boleto a buen recaudo que si esto trasciende no te van a dejar tranquilo. – Paqui, tú eres la que no tienes que decirle a nadie que he sido yo el que ha ganado la lotería. No quiero que esto tenga publicidad pues nosotros vivimos muy tranquilos. – No te preocupes hombre. Nosotros ponemos el cartel de que hemos dado el premio sin decir a quién ha tocado. Vete rápido y pon eso a salvo- le dijo señalando el boleto. Salió volando del estanco y fue a su casa a darle la buena noticia a su mujer.

-¡Rosa, nos ha tocado la lotería!

Rosa no creía lo que le estaba diciendo su marido, pues él era muy bromista.

- Que es verdad, que nos han tocado seiscientos mil euros.

Ella se puso a temblar como el azogue y se fue a la cocina a hacerse una tila doble. Cuando se tranquilizó le dijo a su marido, ¿qué vamos a hacer nosotros con tanto dinero si no sabemos ni contarlos? – Rosa, por lo pronto vamos a guardarlo en el banco y después pensaremos lo que hacemos con él. Esperaremos a que lleguen los niños para decírselo a ver lo que ellos opinan.

Su hijo Sergio era el mayor y trabajaba en la capital en una tienda de deportes, terminó bachiller y no quiso seguir estudiando. Blanca y Paula estudiaban en el instituto de un pueblo cercano. Las dos se iban en el autobús con los demás estudiantes del pueblo. Blanca hacía un Grado superior en “Técnico Superior en Administración y Finanzas” y Paula estaba terminando Bachillerato, haría la Selectividad pues quería hacer periodismo.

Cuando llegaron los hijos y supieron la noticia formaron una gran algarabía, que sus padres sofocaron con bastante temple.

Sergio, el hijo mayor dijo: - Papá, con tanto dinero podremos hacer todo lo que queramos, comprarnos unos buenos coches, viajar por todo el mundo y dejar de trabajar. -¿Qué estás diciendo? Hijo, debemos tener moderación y no volvernos locos. Conozco algún caso en que un premio de lotería ha destrozado a la familia. Así que, tomémoslo con calma.

Sergio, a ti sí hay que comprarte un coche para que vayas al trabajo, el que tienes está bastante perjudicado. El nuevo coche, no quiero que sea de los que cogen grandes velocidades y terminan los chavales matándose en cualquier curva peligrosa. Compraremos un coche que a ti te guste, que sea seguro. Hijo, quiero que vivas con nosotros muchos años y que disfrutes de la vida sin locuras. Si no quieres seguir

trabajando puedes matricularte en la Universidad para formarte y labrarte un futuro más estable. Tú eres inteligente y si le pones ganas lo conseguirás. La puerta la tienes abierta ya que aprobaste bachillerato. Piénsalo bien, si dejas el trabajo que tienes, el próximo será estudiar con ahínco.

Las niñas seguirán en el instituto hasta que terminen sus estudios, después, ya veremos lo que quieren hacer. Vuestra madre y yo no vamos a vender más hortalizas por los pueblos. Ella que haga lo que quiera para entretenerse, bastante ha trabajado desde que tenía catorce años, ahora le toca descansar y disfrutar de la familia. Siempre ha sido muy inteligente y ha tenido mucho afán de instruirse, pero nunca ha tenido tiempo de hacerlo. Ahora es el momento de estudiar en la Universidad de Mayores, he oído que aprenden mucho y lo pasan muy bien. Seguro que le encantará

Yo no voy a dejar las tierras, sabéis que disfruto trabajando en mi querido campo. Lo que sí haré es contratar unos cuantos peones para que me ayuden, mis huesos me van diciendo que tengo que parar un poco. Solo me quedan cinco años para jubilarme y llevo casi cincuenta trabajando sin parar.

Hijos, no os preocupéis, también vamos a viajar. En vacaciones, recorreremos España y conoceremos tantas ciudades bonitas que hay en ella. Después iremos a Italia y otros países de Europa, con los que tanto hemos soñado. Creo que también podríamos comprarnos una casita, nada ostentosa, en la playa para el verano.

¿Qué os parece mi planteamiento?- preguntó a su mujer y a sus hijos que lo escuchaban.

Su mujer dijo que le parecía muy bien, aunque le gustaría hacer unos arreglos en su casa para que fuera más cómoda. También quería comprar una televisión grande, grande. Los hijos pidieron cada uno un portátil y un teléfono móvil más moderno.

Julián que era una persona justa, inteligente y legal, les dijo que él a pesar de no haber tenido nada más que los Estudios Primarios, sus padres y la vida le habían enseñado que se puede ser muy feliz teniendo las necesidades básicas cubiertas y el amor de una hermosa familia.

Les dijo: Hijos, el tener mucho dinero no debe cambiarnos ni volvernos estúpidos y engreídos. Esto es un regalo caído del cielo y debemos saber administrarlo para nuestro bien y el de los demás. Hay que pensar también en los que lo pasan mal en el mundo e intentar ayudarle con un poco de lo que tenemos en demasía. Nosotros siempre hemos tenido solo el fruto de nuestro trabajo y hemos sido muy felices. Por eso, os digo que el dinero no nos cambie nuestra forma de vivir. ¿Estamos todos de acuerdo? - Sí, Julián, estamos todos de acuerdo y además muy contentos - dijo su mujer.

- Se me ha ocurrido que podemos ir a cenar a algún restaurante elegante, de esos que celebran bodas, para festejar la suerte que hemos tenido. - ¡Bien! Dijeron los hijos, aplaudiendo la buena idea de su padre.

- Julián, dijo Rosa, tocando con cariño el brazo de su marido. Julián, que son las cinco de la tarde. ¿No me dijiste, antes de comer, que tenías que ir a cortar las habas?- Julián abrió los ojos con desgana y dijo a Rosa: Me quedé dormido.

- Si vieras el sueño tan bonito que he tenido.

- ¿Qué has soñado?

- Te lo contaré mañana. – La abrazó con cariño y le dijo: gracias por haberme dado esta familia tan maravillosa.

María Santos.